

RENOVACIÓN

SEMANARIO INDEPENDIENTE

AÑO I || Director: JULIO PUCHE || Administración: COLÓN, 44 || Núm. 14

NECROLOGIA

D. José Molina Zafrilla

Otra vez nos vemos obligados a tomar la pluma y con el alma dolorida, con el corazón oprimido y el cerebro torturado, trazar unas líneas dedicadas a otro amigo del alma, al consejero leal, al hombre bueno y caballeroso.

Esta necrología, debiera hacerla el hermano de nuestro director. Elías Puche, es el único en Yecla que conocía a fondo a D. José Molina. ¡Veinte años de amistad íntima y pura! ¡Amistad inquebrantable y santa, que por nada llegó jamás a entibiarse! ¡Cuántas cosas podría contar Elías Puche del finado!

José Molina Zafrilla, fué un gran luchador. Ocupó el difícil cargo de Jefe superior del cuerpo de Vigilancia en las principales capitales de España con tanto acierto, con tanta competencia, que a más del gran respeto que se le tenía le profesaban también un gran cariño una enorme y extraordinaria simpatía.

En Valencia, cuando las enconadas luchas de Blasco y Soriano, que como todos sabemos no podían con unos y otros ni gobernadores, ni alcaldes, ni nadie. Don José Molina, supo granjearse las simpatías de todos y en mas de una ocasión, evitó que en las calles corriera la sangre. Y es que D. José Molina, tenía una mundología y un don de gentes extraordinario, admirable. Y cuanto estaba en pleno encumbramiento, lleno de prestigio y lleno de fama, le sorprendió la terrible enfermedad que lo ha llevado al sepulcro. Diez y seis años ha vivido milagrosamente, debido a su plan curativo, con una constancia y con una fuerza de voluntad sin igual. Y en este tiempo, no solo atendió a curarse a si, sólo, sino que con su régimen, curó y arrancó de la muerte a otros muchos. Enfermos desahuciados, sin esperanza de salvación, casi muertos, fueron salvados por D. José Molina, desinteresado y bondadosamente.

Sus hijos y su esposa, (esa esposa heroica angelical y santa) eran su constante preocupación, por que hubiera querido para ellos los mayores tesoros.

¡Ah, si todos los padres fueran así! Ha muerto como un santo, sin el menor estertor, sin la mas leve contracción, pronunciando con sonrisa angelical el nombre de su fiel y amante compañera, y el de sus queridísimos hijos. Por eso éstos y aquellos lo han llorado derramando lágrimas a mares.

¡Dichoso el que cumplida su misión en el mundo de la materia, se eleva a los cielos recibiendo la dulce y santa caricia de los suyos, premio que Dios concede a los que como D. José Molina Zafrilla, fueron buenos en la tierra!

Le acompañamos hasta la última morada y allí recibí los dos últimos besos. Uno el de la luna melancólica del vespero autumnal, y el otro, santo, puro y fraternal, de su inseparable amigo y compañero.

¡Adios, querido amigo, consejero leal y noble! ¡Hasta luego!

El Entierro

La presidencia del duelo la componían: Don Luis Ibañez Pisana, D. José Uñac, D. Alberto Martínez, D. Adolfo Román, y los hijos del finado, D. José y D. Francisco.

En el féretro se veían dos hermosísimas coronas: Una de D. José Blanch y D. Martín Martí, y la otra de la esposa e hijos del llorado D. José Molina. Tiraban de cintas D. José Blanch, Don Rogelio Azorín, D. Martín Martí y D. Julio Puche. Al entierro asistió inmenso número de amigos de todas las clases sociales. ¡Descansen en paz el hombre bueno!

Para perros escritores

Peregrinos a La Meca, a la par iban dos Arabes; y los perros al camino les salían a ladrarles.

Sin hacerles caso, el uno, prosiguió siempre adelante; mas airado el otro, piedras, no cesaba de tirarles. (1)

De La Meca al año justo, regresaba el caminante; y halló al otro todavía enredado con los canes.

¡Pero imbécil! ¿no comprendes que hasta el final de su viaje nunca llega, el que hace caso de los perros que le ladren?

Eduardo Benot.

(Por la copia,

Uno de Albatara, que no es tuerito).

(1) Ahí tienes, Aristarco, en un romance corto de un gran maestro, un consonante. ¡Tómala con oil! ¡Taday, Cerato simple!

Para la "Juventud Ciudadana" de Yecla

Llega a mis manos; leo y releo con todo interés, y con toda emoción también, el manifiesto que, bajo el epígrafe: «Nuestro ideal», ha lanzado al público en representación de la juventud yeclana.

No conozco a casi ninguno de los firmantes de tal documento. Falto de Yecla hace años. Cuando yo salí de ese bendito rincón de mis amores ellos eran niños aún.

Ellos se hicieron hombres; yo viejo. En ellos despierta vigoroso el amor regional; en mí toma caracteres agudos la nostalgia del terruño bien querido.

Yo tengo dos amores en mi vida: uno, literario; el culto al Quijote; otro regional, el culto al pueblo en que nací, a sus tradiciones, a su particular manifestación religiosa...

A la cabecera de mi lecho se halla ¡joya bendita! una fotografía de la «Virgen del Castillo»;

sobre mi mesilla de noche un viejo y resobado ejemplar del Quijote.

Y no se cierran jamás mis ojos—fueren las que fueren las andanzas diurnas—sin leer algún capítulo de la Biblia del buen humor; sin que mis labios, reflejando el sentir de mi corazón, no musiten una fervorosa plegaria a nuestra excelsa Patrona...

Soy yeclano a macha-martillo. Tanto como Pascual Amat, mi pariente, y el yeclano mas yeclano de cuantos en Yecla nacieron.

¿Será necesario decir, después de lo dicho, que ese manifiesto me encanta, me enamora, me llena de alegría?...

Torpe o menguado será quien no vea en él el germen de futuros engrandecimientos.

Los viejos suelen ser, solemos ser—me incluyo también—misonieistas; sentimos temor ante toda iniciativa juvenil; pero la voz de la sinceridad también se deja oír alguna vez entre nosotros.

Y sinceramente confieso ahora que cometemos grave error no concediendo importancia excepcional a ese movimiento de la juventud yeclana.

Nosotros estamos pasando, si no pasamos ya; ellos llegan. Nuestra misión no debe ser la de cerrarles el paso, sino la de encauzar toda esa energía impulsiva de la juventud por cauces amplios y bien dirigidos para que la fuerza que ellos aportan tenga fructífera aplicación.

En ellos radica hoy el impulso; ellos la fortaleza, la potencia creadora; en nosotros, los viejos, la experiencia que aconseja, la autoridad que corrige los ímpetus; ambos reunidos a laborar por un solo ideal; el engrandecimiento de la Patria chica para engrandecer la madre España.

¡Jóvenes yeclanos! Un paisano vuestro, que cifra ya su mayor anhelo en dormir el sueño eterno en esa tranquila morada situada detrás del Castillo, os envía un abrazo de todo corazón. Como nada vale nada os ofrece; pero sabed que vuestros entusiasmos hallaron en mí un eco de reciprocidad de sentimientos regionales.

Yecla para los yeclanos; los yeclanos para Yecla. ¡Viva nuestro rincón de murciano!

Jacinto Soriano.

Madrid 20-10-920.

A UN DESPECHADO

«Tu crítica majadera de los versos que escribí, pobrete, poco me altera; mas pesadumbre me diera que te gustaran a ti.»

Por la descomposición

El Profesor de Retórica, de las E. P. de Raspay.

Inmenso surtido en Pielos. Lanas, Estambros y toda clase de artículos para el próximo invierno. Precios sin competencia.

BAZAR YECLANO